Ahora que los amigos —jóvenes estudiantes que cuentan con toda mi simpatía— de la revista ET CETERA, de Tarragona, quieren subrayar con un recuerdo el cuarenta aniversario de Miguel Hernández, pienso que puede ser para ellos interesante responder a su invitación para colaborar en su número extraordinario dándoles a conocer el texto (al menos parcial) de la última carta que Miguel escribió en libertad. Está fechada el 19 de septiembre de 1.939. Hacía dos días justos de su salida de la cárcel de Torrijos —en Madrid—. Faltaban sólo diez para que se produjera la segunda y ya definitiva detención, porque, preso en el seminario de Orihuela y trasladado luego a Madrid, no volvió a salir de la cárcel, hasta que murió en una de ellas —Reformatorio de Alicante— el 28 de marzo de 1942. Carta, pues, escrita en el breve lapso de libertad que tuvo aquel mes de septiembre. Es un documento patético, ya recordado por Jorge Urrutia y por mí en el prólogo de la edición facsímil de **El hombre acecha**, que preparamos el pasado año para la Institución Cultural Cantabria. El destinatario fue José Mª de Cossío, amigo que facilitó trabajo a Miguel en la redacción de su obra monumental **Los toros** —en 1935 y 1936— y persona que terció en buena medida a su favor durante los años de la terrible represión desencadenada contra el poeta. Y éstos son los fragmentos del texto:

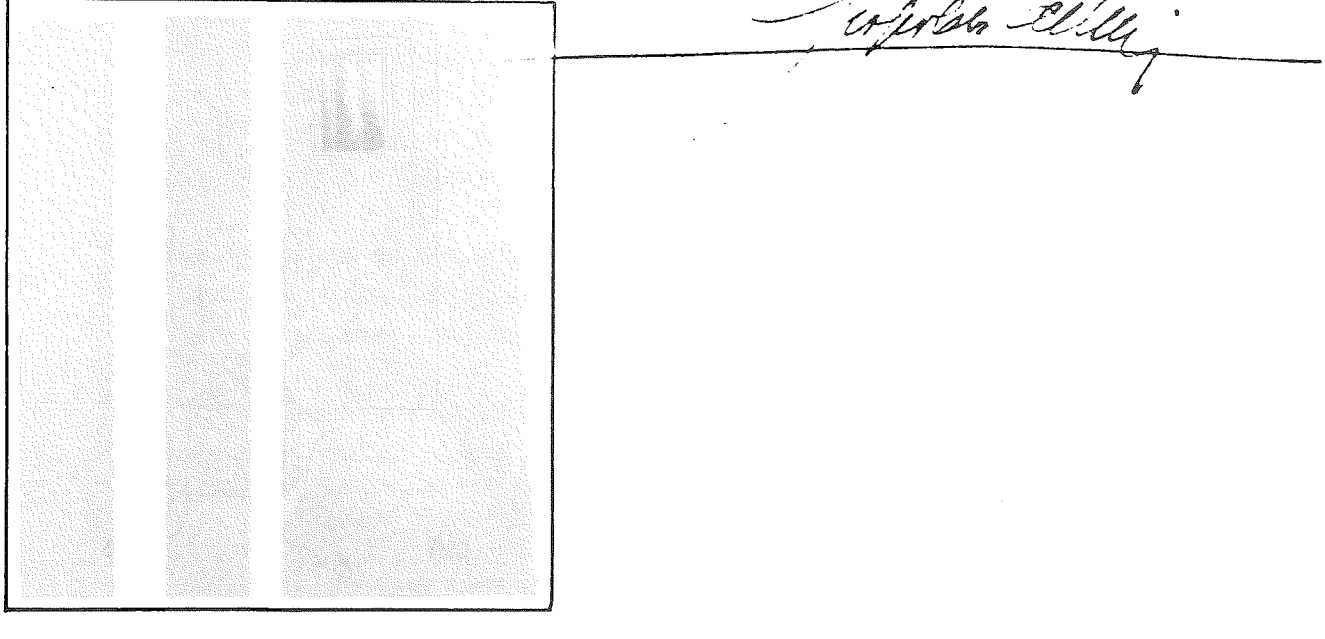
> "Querido Cossío: Desde ayer en Cox, no me queda otro remedio que recurrir inmediatamente a nuestra vieja amistad y a sus no muy viejas proposiciones de resolución de la situación mía. Libre de aquella carga que pesaba sobre mí en Madrid, ahora me encuentro atado a la vida de mi libertad frente a mi indefensa familia. Como no me encuentro bien de salud, ya que mi cabeza se resiste a mejorar, no me será posible dedicarme a un trabajo como el que hacía en Espasa-Calpe a su lado. Pienso en su tierra de Tudanca, y estoy dispuesto a trabajar en ella, a pastorear sus vacas, a lo que sea un trabajo manual, con tal de sacar mi familia, numerosa y necesitada, adelante. Si puede enviarme algún anticipo, o como quiera llamarle, por mi futuro trabajo en su tierra, hágalo sin demora, porque el hambre apremia".

Siguen otros párrafos que no voy a transcribir para no dilatar estas palabras más de lo previsto. Pero basta el copiado para anotar algunas consideraciones que se me antojan importantes a la hora de estimar y valorar el talante de Miguel y sus circunstancias vitales.

Subrayemos, por lo pronto, esa frase que parece arrancada de un texto existencialista: "atado a la vida de mi libertad". Miguel, nacido en el seno de una familia modesta y de ambiente rural, pasó siempre por la vida igual que por

el colegio de jesuitas: "como alumno de bolsillo pobre". Su corazón entusiasta y su vocación insobornable tuvieron que luchar contra continuas dificultades económicas. Desde que Josefina —su futura mujer— y los hermanos quedaron huérfanos, sintió Miguel sobre sí la responsabilidad de una familia. Ya en la postguerra, casado y con un hijo —el segundo, porque el primero murió a los pocos meses de nacer—, la gravitación de esa responsabilidad adquiere el dramatismo que la carta refleja. Los primeros años de aquella postguerra fueron duros para la mayoría de los españoles, pero terribles para los vencidos cercados por la represalia. Sobre Miguel no sólo se acumulaban los sufrimientos propios, sino el saber cuáles y cuántos eran los de su familia. Hay otro documento estremecedor: aquella nota que, desde la cárcel, envía a Josefina acompañando unos borradores del que sería su **Cancionero y Romancero de Ausencias.** "Guarda bien estos papeles —le decía— que son el trabajo mío de un año y el pan de mañana vuestro". Sin otras herencias, sin otras prebendas ni beneficios, aquel gran poeta sólo pudo dejar a los suyos los derechos de autor de una de las obras poéticas más hermosas de este siglo.

Muchas veces quiso Miguel el retorno a la naturaleza: volver a la tierra, al campo en el que de niño se crió. Lo dice en algunos poemas. A la casona santanderina de Tudanca, solar de los Cossíos, lo intentó en más de una ocasión. Concretamente, en la primavera del treinta y nueve, cuando las tropas del general Franco entraban en Madrid; le invitó el propio José Mª de Cossío. No se decidió, nunca sabremos bien por qué. La carta transcrita deja clara la oferta del amigo. Para el segundo intento, no hubo tiempo ya.

Algo nos hace pensar también una línea de esta carta respecto de la salud del poeta. Hacía tiempo que sufría dolores de cabeza, de los que no se reponía. Es otra duda que nos queda —ya indescifrable— sobre la vida —en este caso, la vida física— de Miguel.

Otros muchos matices posee el texto comentado, pero no puedo detenerme más. Sólo, ya, destacar el tono vehemente, impulsivo. "El más corazonado de los hombres" se debatió toda su vida entre (digámoslo con frase de otro gran poeta) la realidad y el deseo. Y el poeta —sobre todo un poeta tan humano y tan grande como Miguel— está siempre, vivo y entrañable, en todos sus escritos.